

do llega el caso de pelear, sinó impedimento que suele hacer estorvo en el ánimo: siendo mas facil en los de pocas obligaciones desprenderse del pundonor, que desasirse de la presa.

No le hallamos otra disculpa que haberse persuadido á que podria executar su marcha sin oposicion: y si esta seguridad, que no parece de su genio, tuvo alguna relacion al vaticinio del Astrólogo, dado el error de haberle atendido, no se debe mirar como nuevo descuido, sinó como segundo inconveniente de la primera culpa.

Parten á la media noche.

Sería poco menos de media noche quando salieron del quartel, sin que las centinelas, ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir: y aunque la lluvia y la obscuridad favorecian el intento de caminar cautamente, y aseguraban el rezelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo, le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar á los demás canales, como se habia presupuesto: ni llegó el caso de intentarlo; porque antes que acabáse de pasar el ejército el primer tramo de la calzada.

Pasa el ponton á la vanguardia.

fue necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes, quando menos lo rezelaban.

Fue digna de admiracion en aquellos bárbaros la maestría con que dispusieron su faccion, y observaron con vigilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron, y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirvieronse de la obscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada, entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos, y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dexaron sentir los golpes de sus flechas.

Notable advertencia de los Mexicanos.

Acometen por agua y tierra.

Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés, si hubieran guardado los Indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderacion, y al empezar la cólera, cesó la obediencia, y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los Españoles en aquella gente desnuda y desordenada; pero no bastaban

Desordenaronse al pelear.

Velerosa defensa de los Españoles.

las fuerzas al continuo ejercicio de las espadas y los chuzos: y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo mas executivo del combate; porque los Indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviendose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas: cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro; porque fueron faciles de romper, y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesario otra diligencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al ejército. Asi lo refieren algunos escritores; aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud, que dexaron sin romper en la segunda puente, por la qual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera que sucediese (que no son faciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexion) la dificultad de aquel paso inexcusable se venció, median-do la industria ó la felicidad: y la vanguardia prosiguió su marcha sin detenerse mucho en el último canal; porque se debió á la vecindad de la tierra la disminucion de las aguas, y se pudo esguazar facilmente lo que restaba del lago: teniéndose á dicha particu-

Suben los
enemigos á
la calzada.

Sirven sus
cuerpos de
puente al
ejército.

Sale á la ri-
bera la van-
guardia.

lar que los enemigos, de tanta gente como les sobra-
ba, no hubiesen echado alguna de la otra parte; por-
que fuera entrar en nueva y mas peligrosa disputa
los que iban saliendo á la ribera fatigados y heridos,
con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su ad-
vertencia esta prevencion, ni al parecer, descubrie-
ron la marcha; ó sería lo mas cierto que no se hizo
lugar entre su confusion y desorden el intento de im-
pedirla.

Pasó Hernan Cortés con el primer trozo de su
gente, y ordenando sin detenerse á Juan de Xara-
millo que cuidase de ponerla en esquadron como fue-
se llegando, volvió á la calzada con los Capitanes
Gonzalo de Sandoval, Christoval de Olid, Alonso
Dávila, Francisco de Morla, y Gonzalo Dominguez.
Entró en el combate animando á los que peleaban,
no menos con su presencia, que con su exemplo:
reforzó su tropa con los soldados que parecieron bas-
tantes para detener al enemigo por las dos avenidas:
y entretanto mandó que se retirase lo interior de las
hileras, haciendo echar al agua la artillería para des-
embarazar el paso, y dar corriente á la marcha. Fue
mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero
mucho mas lo que padeció su espíritu; porque le tra-
hia el ayre á los oidos, envueltas en el horror de la
obscuridad, las voces de los Españoles, que llamaban
á Dios en el último trance de la vida: cuyos lamen-

Vuelve
Cortés al
socorro de
los suyos.

Cómo dis-
puso la re-
tirada.

Voces de
los Espño-
les que pe-
recian.

tos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los Indios, le trahian al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira, y los afectos de la piedad.

Padece mucho la retaguardia.

Mueren los que venian cargados.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna, cuidaron de romper el puente levadizo antes que acabáse de pasar la retaguardia: donde fue mayor el fracaso de los Españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los Mexicanos, obligandolos á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos á los menos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion, y rehusaron entrar en la batalla, por guardar el oro que sacaron del quartel. Murieron estos ignominiosamente abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion, y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion, y dañaron injustamente al credito de la faccion, porque supusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida: y de buena razon no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando, con poca ó ninguna oposicion, el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él

Pedro de Alvarado, que debió la vida poco menos que á un milagro de su espíritu y su actividad: porque hallandose combatido por todas partes, muerto el caballo, y con uno de los canales por la frente, fixó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies, y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos. Maravilloso atrevimiento, que se miraba despues como novedad monstruosa, ó fuera del curso natural: y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible. No quiso acomodarse Bernal Diaz del Castillo á que dexáse de ser fingido este salto; antes le impugnó en su Historia, no sin alguna demasia, porque lo dexa y vuelve á repetir, con desconfianza de hombre que temió ser engañado entonces, ó que alguna vez se arrepintió de haber creído con facilidad. Y en nuestro sentir es menos tolerable que Pedro de Alvarado se pusiese á fingir en aquella coyuntura una hazaña sin proporcion ni probabilidad, que quando se creyese, dexaba mas encarecida su ligereza, que acreditado su valor. Referimos lo que afirmaron y creyeron los demás escritores, y lo que autorizó la fama, dando á conocer aquel sitio por el nombre del salto de Alvarado; sin hallar gran disonancia en confesar que pudieron concurrir en este caso, como en otros, lo verdadero y lo in-

Llega Pedro de Alvarado.

Salto de Alvarado.

Niegale Bernal Diaz.

No parece verisimil que Alvarado le fingiese.